



Luigi Ranio inc.

S. IGNAZIO FONDATORE

Della Comp. di Gesù

COMPENDIO

DE LAS VIDAS

DE LOS DOS SANTOS GUIPUZCOANOS

S. IGNACIO DE LOYOLA

Y

S. MARTIN DE LA ASCENSION



ROMA

IMPRESA DE LA PROPAGANDA

1872

154589



IGNACIO DE LOYOLA

VIDA
DE
S. IGNACIO DE LOYOLA



VIDA
DE
S. IGNACIO DE LOYOLA

El Gran patriarca San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, nació en la villa de Azpeitia el año de 1491 de una de las familias mas principales de Guipúzcoa. Mostró desde niño un vivo y despierto ingenio: fué enviado de sus padres á la Corte de los Reyes Católicos, para que allí se criase con otros de su calidad; y como era de pensamientos elevados y de grande y brioso ánimo, se inclinó á las armas para alcanzar fama de

hombre valeroso y honra y gloria militar. Sucedió que el ejército francés puso sitio al castillo de Pamplona, y estando defendiendo Ignacio con intrépido valor fue herido de una bala en la pierna derecha, con cuyo accidente perdieron el ánimo los sitiados y se rindieron. Fue conducido Ignacio á su casa de Loyola, y el mal creció de manera que habia poca esperanza de su vida; pero Nuestro Señor en el mayor peligro le socorrió enviándole al Apóstol San Pedro, de quien era muy devoto, y que le apareció trayéndole la salud, y á poco se vió fuera de peligro. Viéndose aun obligado á guardar cama por algunos dias, pidió un libro de Caballerias para entretenerse. Por dicha suya no se halló otro en toda la casa, que la Vida de Cristo y las Vidas de los Santos. Comenzó á leerlas Ignacio, al principio por divertir el ocio; pero admirado de ver los prodigios y hazañas de aquellos héroes, se encendió en ardientes deseos de imitarlos, y quedó convertido y resuelto

á entera mudanza y vida santa y perfecta, y juntar en sí todo género de penitencias y asperezas corporales que habia leido en diversos Santos.

Con esta resolucion se levantó una noche de la cama y puesto de rodillas delante de una Imagen de Nuestra Señora, con humildad y fervorosa confianza se ofreció por medio de la gloriosa Madre al piadoso y amoroso Hijo por soldado y siervo fiel, prometiéndole seguir su estandarte real abandonando el mundo. Temia mucho la flaqueza de su carne, mas la Sacratísima Virgen se le apareció con su preciosísimo Hijo en los brazos: la celestial dulzura que acompañó á esta vision purificó su corazon, dejándole á más enriquecido con el don inestimable de una castidad tan pura, que jamás en adelante volvió á sentir estímulo, ni suggestion alguna deshonesta. Emprendió luego la peregrinacion á Monserrate, visitando primero el Santuario de nuestra Señora de Aránzazu, donde empezó por primera vez



á disciplinarse, costumbre que no dejó hasta la muerte. Llegado á Monserrate hizo una confesion general, colgó su espada y daga delante del altar de nuestra Señora, y dando á un pobre los vestidos ricos, se vistió de un saco; y con mucha devocion pasó toda la noche delante de la Virgen encomendándose de corazon, llorando amargamente sus pecados, y proponiendo enmendarse de ellos. De allí partió á Manresa donde por espacio de un año hizo en el hospital y en una cueva cerca del rio Cardoner rigurosísima penitencia y vida santísima, y compuso el libro de los Ejercicios Espirituales. El año siguiente fué á Jerusalem con estremada pobreza, y habiendo visitado los Lugares Santos se volvió á España.

Conociendo que para dedicarse á la conversion de las almas era menester adquirir la doctrina que le faltaba, determinó aplicarse al estudio. Luego que llegó á Barcelona empezó á estudiar la gramática, siendo de edad de 33 años; y en

Alcalá, Salamanca y Paris acabó la Filosofía y Teología, viviendo siempre de limosna y ejercitándose en obras de caridad, humildad y penitencia. En Paris ganó para Cristo nueve compañeros, uno de los cuales fue San Francisco Javier. Este fue el tiempo en que Dios le dió á entender que le tenia escogido para fundar una Compañía de hombres apostólicos, que se empleasen en la salvacion del prójimo, y en hacer eterna guerra á los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia, segun el plan que le habia ya comunicado en Manresa. El dia de la Asuncion de la Virgen hizo con ellos voto de renunciar todos los bienes, y al tiempo señalado emprender el viaje de Jerusalem, para trabajar en la conversion de los infieles, pero en caso de que no tuviese efecto este viaje, irse todos á echar á los pies del Papa para que los emplease en servicio de la Iglesia. Le fue forzoso á San Ignacio para cobrar la salud perdida con sus continuas abstinencias y maltratamiento, volver á





su país nativo. Entró en Azpeitia y fué en derechura al hospital donde vivió de limosna, y por mas que se empeñó su hermano Don Martin no pudo conseguir que fuese á habitar á su casa de Loyola. Luego que mejoró su salud volvió á tomar un áspero cilicio y trató su cuerpo con tanto mayor rigor quanto eran mayores las fuerzas con que se sentia. Con estas penitencias y con la oracion en que pasaba las noches enteras fuera de muy pocas horas que tomaba para el sueño, pedia á Dios la conversion de muchos pecadores que habia en su pátria, y el remedio de grandes abusos. Enseñaba la Doctrina cristiana y predicaba con tanto concurso de la gente que acudia de muchos pueblos; que le era forzoso predicar en el campo, por no caber en los templos: y muchos para poderle oir y ver mejor, se subian á los árboles, y con estar el Santo muy flaco y enfermo, predicaba tres veces cada semana, y le oían claramente lo que decia á una grande distan-

cia. Con sus sermones desarraigó muchos vicios y desórdenes: predicó un dia contra el juego de naipes con tanto espiritu y fervor, que al acabar el sermon todos arrojaron los naipes en el rio, y en mas de tres años no hubo hombre en Azpeitia que tomase los naipes en la mano. El dia que predicó contra el vicio deshonesto, habló con tanta fuerza que redujo á vida penitente á muchas mujeres de mala vida: reprendió tambien la profanidad introducida en los trajes de las mujeres, y fueron tan eficaces sus palabras que se vistieron honestamente. Desarraigados los vicios fue facil plantar las virtudes y usos santos. Introdujo que á medio dia y al anocheecer se diese señal con la campana para que todos hiciesen oracion por las ánimas del Purgatorio, y por los que estan en pecado mortal. Instituyó la Cofradia del Santisimo, y por el amor que tenia á los pobres, le dió por estatuto que los domingos saliesen á pedir limosna para los vergonzantes, y él donó para la ins-



titucion de la Cofradia una gran parte de su hacienda. A la Casa de Loyola dejó esta piadosa carga, que los domingos repartiase en la iglesia á los pobres mas necesitados doce panes en reverencia de los doce Apóstoles. Finalmente dejó toda aquella tierra admirada y llena de un suavísimo olor de sus virtudes y cosas milagrosas que Dios obró por él: porque allí sanó á un hombre que ya hacia muchos años que era muy fatigado de gota coral, y á una mujer que se iba consumiendo con una calentura tísica, libró á otra que por espacio de cuatro años habia sido atormentada del demonio. Y otras cosas obró el Señor por él, las cuales fueron tenidas por milagrosas, y por ellas y por su santa vida, todo el pueblo le respetaba y á porfia le querian tocar la ropa, mirándole como á Santo y gran Siervo de Dios.

Conservó siempre el Santo muy viva memoria de su patria, y así lo manifestó á sus paisanos en una preciosa carta que

les escribió desde Roma el año de 1541; y tenemos la mas grata satisfaccion en poderla publicar aquí por primera vez en castellano como la escribió el Santo.

CARTA DE S. IGNACIO
A LOS VECINOS DE AZPEITIA

La suma gracia y amor de Cristo nuestro Señor sea siempre en nuestro favor y en nuestra ayuda.

Su divina Magestad sabe bien, quanto y cuantas veces me he puesto en voluntad intensa y deseos muy crecidos, si en alguna cosa (aunque mínima) pudiese hacer todo placer y todo servicio espiritual en la su divina bondad á todos y á todas naturales de la misma tierra, en donde Dios nuestro Señor me dió por la su acostumbrada misericordia mi primer principio y ser natural, sin yo jamás lo merecer, ni poderle corresponder. Y estos tales deseos mas bien recibidos de Dios nuestro Señor y Criador universal, que de criatura alguna me llevaron de Paris á



esa villa agora habrá cinco años pasados, no con mucha salud corporal. Donde quien allá me llevó por la su acostumbrada y divina misericordia me dió algunas fuerzas, para poder trabajar en alguna cosa como visteis; lo que dejé de hacer, se debe atribuir á mis faltas que siempre me acompañan.

Agora de nuevo no cesando en mí los mismos deseos que primero, es á saber, que vuestros ánimos en todo fuesen quietos y pacíficos en esta vida en la verdadera paz del Señor nuestro, no en lo que es del mundo, porque en el mundo muchos príncipes grandes y pequeños hacen treguas y paces exteriores, y la paz interior nunca entra en los ánimos de los tales, sino rencor, invidia y malos deseos contra los mismos con quien han hecho las tales exteriores paces. Mas la paz del Señor nuestro, que es interior, trae consigo todos los otros dones y gracias necesarias á la salvacion y vida eterna, porque la tal paz hace amar al prójimo

por amor de su Creador y Señor; y así amándole, guarda todos los mandamientos de la ley, como dice S. Pablo « *Qui diligit proximum legem implevit,* » ha cumplido la ley porque ha amado á su Creador y Señor y á su prójimo por él. He venido á pensar si por otra via, estando ausente, pues presente no puedo, podria en algo ejecutar mis primeros deseos.

Y ofreciéndose agora una grande obra que Dios nuestro Señor ha hecho por un Religioso Dominicó, nuestro muy grande amigo y conocido de muchos años, es á saber, en honor y favor del Santísimo Sacramento, determiné de consolar y visitar vuestras ánimas *in Spiritu Sancto* con esa Bula que el Señor Bachiller (1) lleva con dos ó tres indulgencias que en la Bula rezan, que son gracias tan grandes y de tanta estima, que yo no lo sabria explicar, ni encarecer. Solo voy á exhor-

(1) El Bachiller era el célebre Padre Antonio de Araoz sobrino del Santo.

tar y pedir por amor y reverencia de Dios nuestro Señor, que todos sepais en muy mucho estimar y favorecer cuanto podais y sea posible, haciéndola predicar *instanter* al pueblo, haciendo procesion, ó poniendo otras diligencias que mas al pueblo puedan mover á devocion.

Tengo muy en memoria el tiempo que allá estuve, con qué gusto y determinacion el pueblo reunido recibió con aplauso las santas constituciones, es á saber; la de hacer tocar las campanas por los que en pecado mortal se hallasen; que no hubiese pobres mendicantes, mas que todos fuesen socorridos; que no hubiese juegos de cartas etc. ni vendedores, ni compradores dellas; y que fuese estirpado el abuso de poner tocado las mugeres, por el mal ejemplo y la ofensa que se hace á Dios nuestro Señor. La custodia y observancia de tales y tan santas constituciones, recuerdo haberse principiado y continuado todo el tiempo que allá estuve, y no con poca gracia y visitacion divina,

que tan santas cosas os hacian obrar. Despues acá nada sé de vuestra constancia ó flaqueza en perseverar en cosas tan justas y tan agradables á la infinita y suma bondad: agora quier hayais perseverado, para aumentar; quier hayais faltado para tornar á lo primero. Para mas aumentar, os pido, requiero, y suplico por amor y reverencia de Dios nuestro Señor con muchas fuerzas y con mucho afectó os empleeis en mucho obrar, favorecer y servir á su unigénito Hijo Cristo nuestro Señor en esta obra tan grande del Santisimo Sacramento, donde su divina Magestad segun divinidad y segun humanidad está tan grande y tan eterno y tan poderoso y tan infinito como está en el Cielo; poniendo algunas Constituciones en la Cofradia que se hiciere, para que cada cofrade sea tenido á confesarse y comulgar una vez cada mes; pero voluntariamente y no obligandose á pecado alguno, si no lo hiciere; porque sin duda me persuado y creo que hacien-





do y trabajando de esta manera, halla-
reis inestimable provecho espiritual.

Recibian antes cada dia el Santísimo Sacramento todos y todas cuando tenían edad competente para recibirle: despues de alli á un poco, comenzándose á enfriar la devoción, comulgaban todos de ocho en ocho dias; despues á cabo de mucho tiempo enfriándose mucho mas en la verdadera caridad, vinieron á comulgar solo en tres fiestas principales del año, dejando á cada uno en su libertad y en su devocion si quisiese comulgar mas ó menos, quier de tres á tres dias, quier de ocho á ocho dias, quier de mes á mes etc. Despues á lo último habemos parado de año en año por la nuestra frialdad y flaqueza que es tanta, que parece que solo el nombre nos queda de ser cristianos, segun en la mayor parte del mundo vereis, si con ánimo quieto y santo lo queris contemplar: pues sea de nosotros, por amor y espíritu de tal Señor y provecho tan crecido de nuestras ánimas, renovar

piedad y celo, y confirmó el nuevo Instituto bajo el nombre de la Compañia de Jesus el año de 1540. Y habiendo sido S. Ignacio con unánime consentimiento de todos y repugnancia suya, elegido por Prepósito General, escribió las Constituciones de la Compañia, con admirables ilustraciones, visiones y revelaciones del cielo, enseñándole el Espíritu Santo lo que habia de escribir. Y por humillarse y bajarse mas, quanto mas alto era el grado en que Dios le habia puesto, hizo por muchos dias oficio de cocinero, y los otros mas bajos de casa; y enseñó despues la Doctrina cristiana por espacio de cuarenta y seis dias; y lo hacia con tal espíritu que compungia á los oyentes y quedaban tan penetrados de dolor que se iban luego á confesar, y apenas podian hablar por la abundancia de lágrimas con que lloraban sus pecados.

Conocióse luego que era obra del Señor la nueva Compañia de Jesus, no solo por los grandes servicios que aquellos



nuevos apóstoles hicieron á toda la Italia en muchas calamidades públicas, y por la reforma general de costumbres, sino tambien por los maravillosos efectos de su celo, que en breve espacio de tiempo se hizo admirar en todas las partes del mundo. Pareciendo estrecho campo la Europa á aquellos héroes cristianos, muy pronto el Asia, el Africa y la América fueron glorioso teatro de sus trabajos y de sus victorias. Fundó en Roma el Colegio Romano para la enseñanza de las letras y de la virtud: el Colegio Germánico para la juventud alemana; la Casa de los Catecúmenos, para los infieles que se convertian: la de Santa Marta, para las mujeres arrepentidas: dos Casas para los huérfanos pobres de ambos sexos: el monasterio de Santa Catalina de Funari, para las doncellas que peligraban. No hubo hombre mas lleno de Dios, ni mas muerto á las criaturas y á sí mismo; aunque no hubiera cielo, ni vida eterna, hubiera hecho cuanto hizo del mismo mo-

do, buscando solamente *la mayor gloria de Dios*. Efecto fue de este puro amor su tan célebre respuesta: *Que diera por bien empleadas todas las fatigas de su vida, si con ellas impidiese un solo pecado mortal contra su Dios*. Y aquel otro sentimiento jamás bastantemente ponderado: *Que si le dieran á escoger, ó morirse luego, con certidumbre de irse derecho al cielo; ó quedarse en este mundo con incertidumbre de su salvacion mas con certidumbre y seguridad de ganarle á Dios alguna alma, y darle esa honra y gloria, escogeria antes el quedarse en este mundo*. Muchas veces arrebatado en éxtasis le oyeron decir: « O Dios mio infinitamente bueno, pues á un pecador como yo le habeis sufrido y tolerado. » Deseó que despues de muerto le echasen á un muladar. Su confesor solia decir que eran tan raros y tan extraordinarios los dones, favores y gracias que Dios habia concedido á S. Ignacio, que si pudiera decirlos, parecerian increíbles. Pero murió pocos dias



antes que S. Ignacio y nos privó para siempre de noticias tan apreciables. En cualquiera cosa que hacia jamás perdía de vista á Dios; y fijando los ojos en el Cielo solia decir: *O cuan despreciable me parece la tierra, cuando miro al Cielo.*

Hacia mucho tiempo que su salud consumada con tantos trabajos y con sus continuas penitencias, se iba debilitando mas de dia en dia, cuando reconoció que se acercaba su última hora. Hizo que le administrasen los santos sacramentos y que fuese un Padre á pedir al Papa la bendición y la indulgencia por sus pecados; y levantando despues las manos y pronunciando el dulce nombre de Jesus y el de Maria dió su bendito espíritu al que para tanto bien del mundo le crió. Murió el dia 31 de Julio de 1556 á los 65 años de su edad, 35 despues de su conversion y 16 de fundada la Compañía.

Por testimonio de los Sumos Pontífices y de todos los grandes hombres que le conocieron, fué Ignacio uno de

los mayores Santos de la Iglesia, y uno de los bienhechores mas beneméritos del género humano. Y los mismos demonios confesaron mas de una vez que no tenían en el mundo mayor enemigo que Ignacio. Padeció graves persecuciones de los herejes, y tambien de Católicos lascivos por las malas mujeres que les quitaba reduciéndolas á Dios: hombres desalmados le injuriaron muchas veces dándole de bofetadas y de palos, dejándole tendido en el suelo como muerto porque promovía la honra de Dios; el cual le envió al mundo para idea y modelo de los que por la Fe, y por la Iglesia han de pelear contra las furias del infierno. Fue escarnecido como loco, abandonado comoapestado, murmurado como hipócrita, maltratado de los soldados como espía, acusado como hechicero, infamado como hereje. Y en varias ocasiones le levantaron sus émulo falsos testimonios para desacreditarle: estuvo muchas veces en la cárcel, en cepos, en cadenas; llevan-



dolo todo con suma alegría, y mostrando bien en el semblante el gran gozo que tenia de padecer por amor de N. S. Jesucristo. No hubo industria de que no se valiese para convertir los pecadores. En una ocasion sabiendo que vivia mal un conocido suyo, y no adelantando nada con sus exhortaciones, se informó del sitio por donde habia de pasar á casa de la que causaba su perdicion. Esperóle cerca de un estanque casi helado por el rigor del frio, y cuando advirtió que pasaba, se arrojó intrépidamente en él con el agua hasta el cuello, gritándole que allí permanecería sufriendo aquel frio riguroso, hasta que se apagase en su pecho el fuego de la pasion, y aplacase la cólera del Cielo. Empeñó cosas grandes y muy árduas; sus designios é intentos fueron reformar el mundo antiguo y convertir el nuevo, enviando á todas partes fervorosos y apostólicos Operarios, á quienes decia cuando les enviaba: *Id, pegad fuego, é inflamad el mundo.*

Fundó una Religion de grande utilidad bajo todos conceptos, provechosisima para todos los estados, y para todos los Reinos y Provincias, y de que todo el mundo le es deudor á Ignacio. La cual se emplea en extender la fé entre los gentiles, en defenderla de los herejes y cismáticos y conservarla en los Católicos con la predicacion, impugnacion de los errores, reforma de las costumbres, educacion de la juventud, enseñanza de la doctrina cristiana, misiones, Ejercicios espirituales, frecuencia de Sacramentos, Congregaciones y otras prácticas piadosas de caridad y misericordia. Destinada para hacer frente á la ignorancia, al vicio y á la inmoralidad, debia sufrir desde su cuna reñida oposicion y grandes combates del infierno por medio de los idólatras, los herejes, los malos cristianos, los hombres inmorales y corrompidos. Así debió suceder; pues si N. S. Jesucristo y sus Apóstoles no tuvieron otro patrimonio que el odio, la calumnia y persecucion, no de-



bieron esperar diversa suerte los que venian á imitarlos y seguir tan de cerca las pisadas de aquel divino capitán. La mayor excelencia que tiene la Compañía de Jesus es ser conforme á la doctrina de Cristo, siguiendo sus huellas, empleos, vida y celo de las almas; y el haber sido siempre perseguida y odiada de todos los impíos y hombres perversos.

Las acusaciones dirigidas contra ella son frívolas insubsistentes y contradictorias: sus amigos y protectores son todos los Santos que florecieron desde su fundación en la Iglesia, todos los Pontífices que se sentaron sobre la Cátedra de Pedro (fuera de uno que por las estrañas circunstancias de los tiempos, y á su pesar, hubo de suprimirla); todo el episcopado y los mas sinceros apologistas de la Religion. La Compañía cuenta ya entre sus hijos diez Santos Canonizados, setenta y nueve Beatos, multitud de Venerables y Varones insignes en santidad. Es cierto que seria de desear, que el

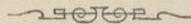
VIDA

DE

SAN MARTIN DE LA ASCENSION



VIDA
DE
SAN MARTIN DE LA ASCENSION



El glorioso San Martin de la Ascension, honor y gloria de Guipúzcoa nació el día 16 de Julio de 1566 en la villa de Beasain, ó como otros dicen en la villa de Vergara. Criáronle sus piadosos padres en el santo temor de Dios, y á la edad de quince años le enviaron á estudiar á la Universidad de Alcalá, donde con su buen ingenio y aplicacion hizo grandes progresos en las ciencias. Deseando servir mejor á Dios N. S. y buscar



seguro asilo á su inocencia resolvió tomar el hábito de San Francisco y fue recibido en el convento de Auñón. Acabado su noviciado con gran fervor y mucha edificación hizo la profesion en 1586, y creciendo de día en día su piedad y devoción se dió á una vida tan áspera y penitente, que parecia en él renovado el espíritu del patriarca San Francisco. Andaba cargado de cilicios y los pies desnudos, ayunaba muchos días á pan y agua, y cuando tomaba otro alimento nunca excedía de unas yerbas; todas las noches tomaba dos ó tres disciplinas. Gran parte de la noche pasaba en oración, clamando al Señor con repetidas ansias le diese á gustar mucho de su cruz: y cuando ya se hallaba alcanzado del sueño y fatigado, se echaba á dormir en cualquiera parte del convento, pues como era tan amante de la pobreza no quiso tener celda determinada en que habitar; imitando al Hijo de Dios que no tuvo donde reclinar su cabeza. Del trato

íntimo y comunicacion con Dios se originó aquella encendida llama y fervoroso celo de la conversion de las almas; no solo deseaba ir al Japon para ayudar á la conversion de los Gentiles, mas por dar la vida por amor de N. S. Jesucristo y conseguir la palma del Martirio. Despues de haberlo encomendado al Señor, pidiendo al mismo tiempo con instancias á los religiosos del convento celebraran algunas misas por su intencion, tuvo inspiracion de la Virgen Santísima, á quien tomó por Abogada para obtener esta gracia, y sintió en una ocasion una habla interior en el alma, que le aseguraba que seria uno de los que fundasen la Iglesia del Japon. No es fácil espresar las fervorosas ansias de su corazon de padecer por N. S. Jesucristo y emplearse en el socorro espiritual de las almas, al ver que sus súplicas habian sido oidas. Ya no suspiraba sino por el dichoso momento de apagar sus deseos. De allí á poco llegó á su convento el célebre misionero Padre

Pedro Ortiz que andaba recogiendo algunos religiosos para las Islas Filipinas y Japon; y nuestro santò se alistó con el mayor gozo en esta sagrada milicia.

Ordenado ya de sacerdote y obtenido el permiso de sus Superiores, y porque nadie le estorbase sus santos deseos, partió luego á pié para Sevilla donde se reunió con otros muchos Religiosos; y en el año de 1593 se embarcaron en la flota del General Aramburu, que llegó á Manila en el de 1594. Fue nombrado San Martin de la Ascension, Lector de Artes y Teologia en el convento de Manila, teniendo entre otros por discípulo al Santo mártir Francisco Blanco. Cobró gran fama de hombre docto por su entendimiento despejado y claro, y grande opinion de virtud: y eran muchas las personas que dirigia en el camino de la perfeccion. Vivía con tanta vigilancia y cuidado en el aprovechamiento de las almas, que muchas veces se olvidaba de comer, pero no de ir al Coro, á la oracion y á la cá-

tedra. Toda su oracion era pedir al Señor le diese á gustar mucho de su cruz; mas queria cruces que consuelos espirituales, los cuales eran muy frecuentes en el santo sacrificio; en alguna ocasion pasó horas enteras en la misa, siendo éste el florido lecho donde hallaba todas sus delicias. En 1596 partió para los Reinos del Japon con su discípulo Francisco Blanco y otros religiosos y llegaron con hartos trabajos á Nangasaqui, de donde pasó á Ozaca con el Padre Fray Pedro y algunos de los japones. Desde luego se dedicó nuestro santo al estudio de la lengua para poder empezar cuanto antes á predicar el Evangelio, para lo cual le ayudaba mucho la caridad que ardia en su corazon de la salvacion de tantas almas; y así empezó á desplegar su fervoroso celo con exhortaciones y pláticas, dando ejemplos de virtudes heróicas, ejercitandose en la mansedumbre, paciencia y humildad con que asistia á los leprosos y trataba con todos, de que se si-





guió gran fruto en la conversion de las almas, bautizando á muchos gentiles y fortaleciendo en la fé á los que ya estaban convertidos.

Habiendo resuelto Taicosama exterminar el Cristianismo de todo el imperio del Japon, hácia el fin del año de 1596 llegó al gobernador de Ozaca la orden del Emperador para que prendiese á todos los Religiosos de San Francisco, y de la Compañia de Jesus, que se hallasen en aquella ciudad. A consecuencia de esta orden prendieron á San Martin de la Ascension con otros tres familiares ó catequistas que servian en el convento, y fueron incorporados con los tres Religiosos Jesuitas: pues los otros frailes se habian repartido por los Lugares de la Provincia para animar á los Cristianos, y para disponerlos á padecer aquella persecucion. Fueron conducidos á Meaco y al primer anuncio de viaje que á estos se les hizo en Ozaca el dia primero del año 1597, no es posible espresar el gozo

que en sí sintieron; puede decirse salieron como fuera de sí con el espíritu todo en Dios, haciendo reflexion sobre el gran misterio que aquel dia celebraba la Santa Iglesia, dia en que Jesus niño, por medio de su Circuncision, empezó á derramar por los hombres su Sangre preciosa: «Muy bien, nos cae decia nuestro Santo, que tal anuncio nos venga en dia tan señalado como este. Jesus nuestro Capitan y guia en la fiesta de su Circuncision quiere por mil razones derramamiento de sangre de todo el que le sigue en su santisima compañía.» Llegados de Ozaca á Meaco, fueron conducidos en derecha á las cárceles públicas destinadas á los malhechores, en donde encontraron ya reunidos ó presos por la misma causa de la fé á otros cinco religiosos de San Francisco, y además doce seglares: de modo que eran veinticuatro entre todos.

El dia 3 de enero sacaron de la prision y todos comparecieron en público vestidos de sus propios trajes, con las manos ata-

das detras á la espalda, en medio de una fuerte escolta de tropa, y rodeados de una inmensa turba de pueblo que con mucha anticipacion se habia allí reunido de todas partes. Todos iban á pie con los ojos fijos en tierra y con una modestia angelical y verdaderamente encantadora, mostrando sin embargo en sus semblantes una graciosa sonrisa y jovialidad, que daba bien á entender el regocijo interior que inundaba sus corazones. Así atravesaron la larga carrera de una milla, hasta llegar á la plaza; allí les cortaron á todos un pedazo de la oreja izquierda. Cuando se estaba ejecutando tan cruel operacion se animaban unos á otros los gloriosos Mártires, dando testimonio los que acababan de sufrir aquel tormento de lo poco ó nada que les dolia, y del gusto que tenian sus almas en que la sangre que empezaban á derramar era una enérgica voz que predicaba mas que cien lenguas juntas. Recogieron los Cristianos con tierna devocion las preciosas reliquias arro-

jados al suelo por los verdugos, y se las ofrecieron al Señor. Concluida esta primera ejecucion hicieron subir los verdugos á los santos mártires atados así como estaban, sobre las viles carretas preparadas ya de antemano, y de calle en calle los fueron paseando por toda la ciudad de Meaco. Fue inmenso el gentío que concurrió á este espectáculo, y despues de muchas horas de paseo por la ciudad volvieron las carretas á la puerta de la cárcel; se apearon todos los presos, y nuestro bienaventurado San Martin corrió y se fué á abrazar tiernamente uno por uno á los demás religiosos, dándoles el parabien de aquella misericordia que el Señor les habia hecho á todos, y juntamente las mas espresivas gracias por aquel indecible bien de que participaban, de morir crucificados por Jesucristo.

Al dia siguiente los condujeron en las mismas carretas y escoltados de un piquete de tropa desde Meaco á Ozaca, y luego en seguida á Sacai, las dos mayo-



res ciudades que se encuentran por aquel camino. En una y otra fueron paseados por las calles mas públicas como en Meaco, llevando delante de sí la tabla ó cartelon de su gloriosa sentencia. Desde Sacai hubieran podido ir á Nangasaqui mucho mas pronto por mar; pero el Emperador, ó porque quisiese multiplicar los padecimientos de los Mártires, ó porque tratase de infundir mas terror á los otros cristianos, dió orden espresa de que hiciesen por tierra todo el viaje. El dia 9 de enero fue cuando los confesores de Cristo se pusieron en camino desde Sacai para Nangasaqui, distante de allí como unas doscientas leguas. El invierno era de los mas rígidos, y todos en el Japon suelen ser intolerables; no es fácil explicar lo mucho que padecieron en viaje tan penoso; pero la risueña alegría que se dejaba ver en sus semblantes mostraba bien la dulzura interior con que acompañaba el Cielo sus tormentos. Una de las cosas que influieron en dar gloria á este

viaje fue la inesperada reunion á la comitiva de los 24 esforzados atletas, de otros dos compañeros, escogidos por Dios para la dicha y honor del martirio. Eran estos dos piadosos cristianos que iban acompañando á los mártires, y sospechando el Comandante de la escolta les preguntó si eran cristianos, y respondiendo intrépidamente que sí, los condenó á sufrir la pena de muerte en cruz, é hizo que se incorporasen á los demás prisioneros.

Para que se conozcan los encendidos deseos que tenia de alcanzar la corona del martirio, pondrémos aquí una carta del Santo que escribió desde la cárcel.

CARTA DE S. MARTIN DE LA ASCENSION
AL PROVINCIAL FRAY JUAN DE GARROBILLAS.

Gratia et pax etc. Muchas gracias sean dadas á la inmensa Bondad, que por su misericordia fue servido de juntarme con esta santa compañía de los que mueren por su amor, no mirando mis peca-





dos. Ha sido bien solemne nuestra muerte en todo el Reino, porque para poner miedo á todos, se han movido: Que nos hizo pasear el Rey las calles de Meaco, Ozaca y Sacay y otras partes, mandándonos enviar por tierra, (hoc a semetipso non fecit) sino que ha sido ordenado de lo alto. Porque por todos los pueblos que hemos pasado, á la gente se ha predicado, y queda predicado el santísimo Nombre de Dios, al cual sean dadas las gracias por todo. Ha sido obra de Dios el ánimo que han tenido los Cristianos en Ozaca, y Meaco, porque todos traían en la boca el martirio, y fué desconsuelo de muchos el no hacernos compañía. El Hermano Fray Gerónimo deseó mucho hacérsela, sino que para consuelo de los cristianos le hizo nuestro hermano que se escondiese, porque los cristianos de Fugimen y Meaco, estan empadronados por mandado del Rey, que dicen que llega el número de los que estan escritos á cuarenta y seis mil: aunque yo pongo duda de

que haya tantos cristianos en Meaco y Fugimen: y en la sentencia que ha dado contra nosotros viene escrito, que todos los Cristianos sean muertos, y que en adelante nadie se haga cristiano, so pena de que él y toda su parentela serán muertos. Por lo cual nuestro Hermano escribió al H. Fray Gerónimo, que si esto se pusiese por obra, pusiese todos los medios posibles para poderlos consolar, y exhortar lo mejor y mas cómodamente que pudiese: y si por mas animarlos, viese convenir hacerles compañía en morir juntamente con ellos, con la bendición de nuestro Padre San Francisco lo pudiese hacer, con tal que á la hora de la muerte descubriese el hábito. Ahora es por acudir al consuelo de estos cristianos aflijidos, y no desampararlos: *Bonus pastor ponit animam suam pro ovibus suis: si granum frumenti mortuum fuerit, multum fructum affert.* Pues el Señor ha sido servido de sembrar estos seis granos de nuestra sagrada Religion en esta Iglesia



de Japon y amortiguarlos, hase de esperar mucho fruto, y no desampararla, pues cuesta tanto. En la carta que el Rey escribe á Tarauca, le manda que todos los frailes que en adelante vinieren de Luzon los crucifiquen: por donde nadie podrá venir con el hábito sin que le cojan: pero no por eso se ha de dejar de acudir á estas almas, aunque se mude el hábito. etc. etc. De Facata primero de Hebrero de 1597. - Fray Martin de la Ascension.

Tambien en otra carta que escribiò al mismo Provincial, dice entre otras cosas así: Sea por amor de Dios la caridad de enviarme en compañía de nuestros Hermanos, y por amor de Dios pido á V. C. dé muy muchas gracias á su Divina Magestad, en que á un tan gran pecador como yo, haya sido servido de juntar en compañía de los que mueren por su amor, que mis fuerzas no alcanzan á dar gracias debidas por tan gran beneficio. A todos los Hermanos mande dar V. C. de

mi parte el último *vale*, y los postreros abrazos, y me perdonen por amor de Dios las pesadumbres y el mal ejemplo que les he dado, y que todos me encomienden á Dios. V. C. por amor de Dios no deje de acudir en todo lo que pudiere al consuelo de los fieles enviando algunos religiosos, porque hay muchos Cristianos. Y fuera de esto ha ejecutado el Rey con tanta publicidad esta muerte que toda la tierra ha venido á tener noticia de ella, y queda movida de manera que si hay ministros se hará mucho mas fruto, y habra mas Cristiandad. Del camino Fray Martin de la Ascension.

Llegaron finalmente á Nangasaqui, y divulgada la noticia de la venida de los Mártires, en gran número los fieles corrieron á venerarlos con gran piedad y respeto. Veían sus semblantes propios de unos serafines; escuchaban sus palabras, que mas que palabras eran saetas encendidas en el divino amor: llorando sin consuelo, así de ternura como, y aun



mas, de no poder participar de su muerte; abrazábanlos sin cesar; hacíanles mil encargos todos relativos al alma: y cada uno exigía de ellos que les diesen allí palabra formal de que los tendrían presentes delante de Dios y los recomendarían mucho á su Divina Magestad, luego que desde la cruz subiesen victoriosas sus almas á verle y gozar para siempre de su presencia en el paraíso. Antes de emprender la marcha para el lugar del suplicio obtuvieron el permiso para confesarse, y así como estaban con las manos atadas, hicieron su confesion los Padres de San Francisco unos con otros, y lo mismo hicieron todos los demás de la ilustre comitiva. Apenas se habia acabado aquel acto, inmediatamente se pusieron en camino para el sitio destinado al sacrificio de sus vidas, que era una colina situada á la parte del mar. Sobre ella habia una llanura bastante capaz para las veintiseis cruces que estaban ya puestas en fila y apartadas unas de otras

como á distancia de tres ó cuatro pasos. Llegados á la colina fueron puestos entre las filas de la tropa y delante de las cruces. Cada uno corre al momento á aquella que cree la suya con tanto gozo y con tanta presteza, que la ternura hizo derramar muchas lágrimas á los cristianos, y la admiracion dejó como suspensos y atónitos á los gentiles.

Abrazó apretadamente su cruz San Martin de la Ascension y la besó y se ofreció de nuevo en oloroso holocausto á su Dios, con los ojos levantados al cielo. Tendida la cruz en el suelo y á nuestro Santo sobre ella le pusieron los verdugos una argolla de hierro en la garganta, que clavaron en el mismo madero, dos en las manos, y otras dos en los pies, y un cerco, ó haro en la cintura. Levantaronle en alto, y estando ya pendiente de la cruz con grande alegría de su corazon comenzó á dar gracias á Dios por aquella merced y singular beneficio que le hacia en poder ofrecer su vida y sangre en sa-



crificio al mismo Señor, que en otra cruz, y atravesado con otra lanza la ofreció por su remedio. Empezó de nuevo á predicar, como lo hizo tambien por todo el camino, exhortando á los japones se conservasen firmes en la santa fé catolica, y levantando la voz dijo el Salmo *Benedictus Dominus Deus Israel*, y con los ojos puestos en el Cielo, como quien estaba en una profunda contemplacion, esperó con mucha alegría los golpes de la lanza. Los verdugos (dos para cada uno de ellos) atravesándole con sus lanzas por uno y otro costado le quitaron en un momento la vida entre el grito universal de aquellos cristianos espectadores, que á cada golpe de lanza exclamaban todos á una: *Jesus Maria*; y en tan alta voz, que resonaron claramente sus ecos por todas las plazas y calles de Nangasaqui: consumando todos de la misma manera y casi á un mismo tiempo la gloria de su martirio. Los cuerpos de los Santos quedaron sobre las cruces inspirando gran

devocion, y se mantuvieron frescos, incorruptos y aun hermosos por espacio de cuarenta dias. Este ilustre martirio se verificó el dia 5 de febrero de 1597. Treinta años despues, precediendo las informaciones necesarias, decretó Urbano VIII á los 26 Confesores de Jesucristo los honores debidos á los Mártires: y en el año de 1862 Pio IX los canonizó solemnemente y los puso en el catálogo de los Santos.



ORACION A S. MARTIN DE LA ASCENSION

Gloriosísimo Martir San Martin de la Ascension, hacedme participante de vuestro grande amor á Dios, y desprendimiento de todo lo terreno; abrasadme en deseos de ganar almas á Dios, viviendo de suerte, que mi vida irreprehensible sirva á otros de exhortacion á la virtud, y que todos trabajemos eficazmente de hoy en adelante en el único negocio de nuestra salvacion. Echad desde el cielo una mirada compasiva sobre esta Provincia de Guipúzcoa vuestra patria, y no consentais que sea arrastrada del torrente de la irreligion y del libertinaje. Haced por fin que á vuestra imitacion venciendo á nosotros mismos, despreciando lo temporal y apreciando lo eterno, demos gloria á la Trinidad Santísima por todos los siglos. Amen.

V I D A

DE

S. FRANCISCO DE BORJA





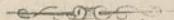
Habiendo S. Francisco de Borja ilustrado tanto á Guipúzcoa, se ha creido oportuno añadir aquí un Compendio de su Vida en que principalmente resalten las heróicas virtudes y ejemplos con que ennobleció á dicha Provincia.



VIDA

DE

S. FRANCISCO DE BORJA



San Francisco de Borja, Duque de Gandía y 3^{er} General de la Compañía de Jesus nació el día 28 de Octubre de 1510 en la ciudad de Gandía. Desde su misma niñez comenzó á dar muestras de su futura santidad, con una vehemente propension á la virtud. El Duque su padre le envió á la corte del emperador Carlos V, y supo encontrar Francisco el arte de hermanar los deberes de cortesano con las obligaciones de verdadero Cris-



tiano, lo cual le mereció ganar no solo la estimacion, sino el cariño del Emperador y de la Emperatriz D^a Isabel. Prenhada ésta de tan nobles cualidades como concurrían en Francisco, quiso que se uniese en matrimonio con D^a Leonor de Castro, dama de la misma Emperatriz, á quien esta princesa amaba como á hija. Fue esta boda muy aplaudida del Emperador. Bendíjole Dios con posteridad tan numerosa y tan ilustre que la mayor parte de la grandeza de España se gloria ó de tener tal ascendiente, ó de la alianza de sus casas con la de San Francisco de Borja.

La muerte de la Emperatriz que sucedió el año de 1539 fue la ocasion de que se sirvió el Señor para inspirarle un profundo disgusto del mundo. Le habia dado el Emperador el honroso cargo de conducir el cadáver á Granada, y al descubrirle para hacer la entrega, le halló tan horrorosamente desfigurado, que no se reconocia en él ni un solo

rasgo de lo que habia sido: espectáculo que le dejó fuera de sí; y comparando el presente horror con la pasada hermosura, resolvió no malograr sus servicios en obsequio de quien estuviese espuesto á semejante cambio, sino consagrarlos todos á solo Dios. Restituído á su habitacion, encerrado en su cuarto, postrado en tierra y deshaciéndose en lágrimas, comenzó á esclamar: No Señor, no Señor: no ya mas servir á dueño alguno que se me pueda morir: é hizo voto de abrazar la vida religiosa si sobrevivía á la Marquesa.

Nombróle el Emperador Virey de Cataluña, y le hizo Comendador en la Orden de Santiago; pero en todos los empleos fueron iguales los ejemplos de su reciente mudanza. Luego que tomó posesion del gobierno mudó de semblante toda la Provincia; y desde entonces comenzó á vivir como Religioso en su palacio. Con motivo de la division de los pareceres que habia sobre la frecuente Co-



munion, quiso saber el dictamen de San Ignacio de cuyo nuevo Instituto le habia dado noticia el célebre predicador P. Antonio Araoz, informándolo de sus particularidades, de la santidad, de la prudencia y de los talentos de su fundador. Escribióle Borja consultándole el punto, y quedó tan satisfecho de su respuesta, que determinó acudir en adelante á aquel Oráculo en todas sus dudas.

La muerte de la Duquesa dejó á Francisco con libertad para cumplir su voto: y habiendo hecho los Ejercicios espirituales siendo su director el P. Araoz, reconoció tan visiblemente la voluntad del Señor, que se determinó á entrar en la Compañia de Jesus. Dió cuenta de todo á S. Ignacio, el cual aprobando su resolucion le envió una instruccion de lo que debia hacer, aconsejándole estudiase Teología. Habiendo concluido todos los negocios y recibido el grado de Doctor partió en derecha á Roma. Recibióle

el Papa Julio III con extraordinarios honores, invitándole tambien con el sacro palacio, pero él escogió para su habitacion la pobre casa de la Compañia de Jesus. Entregóse enteramente á la direccion de S. Ignacio, y escribió al Emperador dándole parte de sus intentos, y pidiéndole su consentimiento para renunciar solemnemente sus Estados, Títulos y Empleos. Luego que se extendió por Roma esta noticia, así el Papa como todo el Sacro Colegio pensó en honrar con la sagrada Púrpura aquel grande ejemplo de virtud; lo que entendido por Francisco sobresaltado se fué á S. Ignacio, y discurriendo los medios mas eficaces para escapar de este peligro se resolvió que partiese luego de Roma y se fuese á la Provincia de Guipúzcoa.

Salió pues de Roma el dia 4 de febrero de 1551: ilegado á Guipúzcoa se dirigió á la ilustre casa de Loyola, y entrando en la estancia donde nació el Santo, se postró en el suelo y le besó



— 62 —

muchas veces regándole con muchas lágrimas. Suplicaba con gemidos á Dios por los méritos del mismo Ignacio, que pues se habia dignado hacerle hijo suyo, le comunicase parte de su espíritu y le hiciese imitador de sus virtudes. Oyó misa en el Oratorio aquella mañana y recibió la sagrada Eucaristía, bañado en nueva dulzura. Habia muerto sin hijos Pedro Miguel de Araoz tio del P. Araoz, dejando á la Compañía unas casas en Oñate y con ellas alguna hacienda, para dar principio á un Colegio en aquella villa, y con esta ocasion partió el Duque á Oñate donde se quedaron en su compañía algunos Padres y Hermanos. Esperaba la licencia del Emperador para renunciar sus Estados: entretanto se iba á Vergara á comulgar con el Pueblo en la parroquia de S. Pedro algunos dias solemnes, sirviendo de ejemplo y admiracion su devota compostura. Llegó por fin la carta del Emperador con la deseada licencia y despues de haberla leído

— 63 —

con inesplicable gozo se fué á su Oratorio, y postrado delante de un Crucifijo rindióle humildes gracias porque habia ya llegado la dichosa hora de ver cumplidas sus fervorosas ansias. Rogaba á su amante Redentor que admitiese el sacrificio que hacia de su persona, estado y alvedrío; y que con el mismo gozo dejaria el cetro de todo el mundo si estuviese en su mano.

Salió todo encendido del Oratorio y llamando luego á un Notario y testigos, renunció con Escritura pública sus estados, rentas y títulos en su primogénito el Marqués, sin reservar nada para sí. Retiróse á un aposento y se desnudó del vestido, púsose la sotana y ropa de la Compañía; quitóse el cabello y la barba, despojos que recogieron y guardaron devotamente como reliquia sus criados. Repartió todas sus alhajas sin reservar cosa que mereciese contarse entre los bienes de fortuna. Apenas se vió en este estado de pobreza, se volvió el Padre



Francisco (ya es tiempo de llamarle así) á su oratorio donde inclinado profundamente ante el crucifijo le decia: Veis-me aquí Señor, despojado de mis hijos, vasallos, rentas y títulos: ahora sí que puedo decir que soy vuestro, pues ya no veo en el mundo bien alguno, que pueda llamar mio: ahora sí que parezco soldado de tan gloriosa Compañía, á quien vos dais tanta parte en vuestra cruz, como en vuestro nombre: yo os ofrezco la vida, divino capitan y dueño mio, si fuere menester por su honra y por mantener la vuestra, yo os entrego de nuevo mi corazon; y el norte que me conduzca á Vos, ha de ser vuestro Ignacio y tambien mio. Levantóse el Santo y se halló tan gozoso que le parecia usura con el Cielo entregarle las felicidades de la tierra.

Habia sacado el P. Francisco en Roma el privilegio de ordenarse con extra-témpera; vino á Oñate el Obispo de Calahorra y le ordenó en tres dias de la

semana de Pentecostés, recibiendo víspera de la Trinidad aquel caracter divino, con que tanto habia de servir á la Iglesia y al universo. Aprendió muy bien las ceremonias aplicándose á este estudio muchos dias, en los cuales se dispo-nia á la primera Misá con oracion larga y con excesiva penitencia. Partió de Oñate á Loyola; y el dia primero de Agosto, en aquel mismo sitio, que Ignacio habia consagrado con su nacimiento y que estaba ya convertido en Oratorio, ó Capilla ricamente adornada, dijo su primera Misá con los ornamentos, que habia trabajado á este fin su venerable hermana la Duquesa de Villahermosa. En aquella misa dió la comunión á su hijo Don Juan de Borja; recibiendo el hijo de manos de su padre, el mas precioso don que el cielo y la tierra posee.

Fueron tan continuas las lágrimas que derramó en esta misa, tan extraordinaria su ternura, que á cada paso era menester interrumpirla: lloraban los que



la oían, pareciéndoles ver un serafín en el nuevo sacerdote.

Habia concedido el Papa Jubileo á todos los que en estado de gracia se hallasen en la primera Misa, que dijese en público Borja, y para que gozasen muchos de este favor buscó sitio mas capaz. Pasó á la villa de Vergara cuya principal parróquia de S. Pedro es capaz de la muchedumbre; pero publicado el Jubileo y el sacerdote, concurrió tanta gente, que pareció preciso salirse á celebrar á campo abierto; y á la entrada de la hermita de Santa Ana se puso altar y el púlpito junto á él. Cantó la misa el dia 15 de Noviembre y predicó despues de ella, siendo tan numeroso el gentío, que se cubrió todo aquel campo con la ansia de ver y escuchar al que llamaban Duque Santo. Dió la comunión á tantas personas, que le faltaban ya al brazo las fuerzas, y era menester suspenderse un rato, para cobrar algun aliento: habiéndose acabado esta funci

sagrada dos horas despues de medio dia, cuando se habia empezado á las nueve de la mañana. Hoy se guarda en Loyola el ornamento con que celebró aquella misa y aplicado repetidas veces á los enfermos, se han visto sucesos prodigiosos. Estuvo hospedado en la ilustre Casa de los Loyolas de Vergara, en cuyo Oratorio se sabe haber celebrado tambien misa, y se venera entre las demás imágenes el recuerdo de esta historia en un salon de aquella Casa. Como el auditorio se estendia tanto, los mas distantes no percibian aun el ruido de la voz: de los mas cercanos, ignoraban muchos la lengua castellana; y con todo eso era tan copioso el llanto, tan eficaces los gemidos, que causaba admiracion. Preguntados despues los que ó no entendian la lengua, ó estaban distantes porqué lloraban? Respondian, que el haber visto á un Duque Santo en el púlpito á vista de tanto pueblo bastaba á enternecer el pecho mas duro: pero que al mismo tiem-

*



po que él hablaba escuchaban ellos dentro el corazón unos gritos, que les exhortaban al dolor de sus pecados, y á mirar con horror los vicios; cosa que le sucedió todas las veces que predicaba, que fueron innumerables.

Entre aquellos montes deseaba Francisco juntar con la vida de apóstol la de solitario, á que le convidaba el sitio, y el estado de Novicio; y con el dictamen de su Prelado pidió al Conde de Oñate y á la Villa, que concediesen á la Compañía una hermita consagrada á Santa María Magdalena, distante algun trecho de la Villa, que concedió liberalmente el sitio, para que se fabricase allí Colegio. Empezóse al punto la fábrica, labrando un cuarto á proporcion de la iglesia, de que fue artífice y oficial el mismo Borja y los demás de la Compañía: era todo de madera tosca, sin otra labor que el rústico aliño de una cabaña: dispusieronse seis aposentillos, que eran el número de Padres y Herma-

nos: á su hijo D. Juan de Borja le obligó á quedar dentro de la Villa, no cabiendo en la estrechez de aquella Casa. Al empezar la fábrica, escribió á San Ignacio, que en poco mas de un mes esperaba acabar el nuevo colegio, (tan suntuoso habia de ser el edificio) y por mas que le convidaban con fábricas capaces, Pamplona, Vergara, Vitoria, Mondragon, y la misma villa de Oñate, nunca quiso elegir otro sitio mas anchuroso, por amor á la santa pobreza. Y así el día 8 de setiembre se pasaron al nuevo edificio, y se llevaron en procesion las reliquias de unos Mártires que D. Juan de Borja habia traído de Italia. Predicó el P. Ochoa, habiendo concurrido tanta muchedumbre que inundaba aquella campaña; y en habiendo visto de cerca á Borja, volvian llevando consuelo y admiracion á su casa. Y aunque la fábrica se habia comenzado en Abril, y acabado en Mayo, fué menester que se enjugase antes que la habitase alguno.

Era superior del Santo, y del Colegio el P. Miguel Ochoa, navarro, espíritu prodigioso, que habia dado vista á un ciego, salud repentina al P. Polanco y á otros enfermos, concurriendo á venerarle mucha gente; mas era nimiamente austero, y asi daba mucha rienda en la mortificacion al P. Francisco, y le permitia servir como el mas bajo oficial en la fábrica, trayendo agua, cal y madera fatigándose como el hombre mas robusto. Admirábanse los hombres de ver entre el polvo de aquella fábrica, afanado al santo duque de Gandia, y no era menester otro sermón, ni otro prodigio para enternecer el pecho mas obstinado, esparciéndose por todas partes este raro y heróico ejemplo suyo. Pasaba lo mas de la noche y gran parte del dia con las rodillas en el suelo, y á veces postrado en un sosiego divino: disponiase cada mañana para la misa con todo el conato de su alma pura y con muchas lágrimas. Sus ayunos, disciplinas y cilicios fueran

admirables en los anacoretas mas austeros: traía siempre un mismo vestido, sin que ni los años, ni los frios, ni los muchos remiendos fuesen bastantes á que recibiese otro de limosna. Desde que vistió la ropa de la Compañía de Jesus, firmaba en las cartas *Francisco el Pecador*. Servia en la cocina, la cual barria y despues de llevar agua y leña, fregaba todos los instrumentos de aquella oficina, y aun iba á barrer la iglesia y otras piezas de la casa. Pedia penitencias públicas por sus faltas, que decia en el refectorio puesto de rodillas: besaba los pies á todos, y ejecutaba las demás funciones humildes del jóven mas fervoroso en un noviciado, el que era ya veterano de Cristo. Su comida eran solo unas yerbas, y los mendrugos de pan, que recogia de las limosnas: su aposento era muy estrecho, pero estaba allí mas dilatado su espíritu que en los salones de palacio. Salia con unas alforjas al cuello á pedir limosna por Oñate, Mondragon,





Azpéitia, Azcoítia y Vergara: despoblábanse las casas, saliendo los vecinos á las calles y á los campos á reverenciarle; esperábanle las matronas con las rodillas en el suelo, y al dar la limosna, le pedían la bendición, besando su huella, llamándole duque santo, no sin herir en lo vivo su humildad.

Otras veces salía por aquellos contornos á enseñar la doctrina cristiana á los niños con una campanilla en la mano para llamarlos; pero no solamente venían los niños á verle y oírle, sino toda la gente, hombres y mugeres, acercándose á porfía á escuchar la esplicacion de aquellos artículos, en que la soberbia de no querer oírlos, suele hacer mas ignorantes á los ancianos.

Al principio, receloso de que su idioma no fuese entendido de la mayor parte del auditorio, gustaba de salir con el P. Antonio Araoz que era guipuzcoano (el cual se quedó con el P. Francisco algun tiempo); y entonces se ocupaba

todo en convocar con la compana y con la voz al pueblo, para que oyesen á su elocuente compañero; hasta que adquirió alguna noticia del Vasconce y pudo hablar á los aldeanos y niños en su propia lengua, aunque desde el púlpito usaba comunmente la castellana. Con estas correrias sagradas llegó á los mas principales pueblos de aquellas tres provincias donde se veneran hoy sus memorias: entrábase en las iglesias, ó se subía á lugar eminente en las plazas, y empezaba á predicar con admirable fuerza de espíritu, dando con su ejemplo mayor autoridad á sus palabras. Le dotó la providencia de un talento eficaz, y de un suave atractivo que ganaba los corazones de todos: reconcilió muchos nobles que el odio habia dividido escandalosamente, causando portentosas mudanzas en las vidas y desarraigando los vicios de las almas.

Pondremos aquí un parrago de una carta que desde Oñate escribió á su Pa-



dre S. Ignacio , en que se confirma lo que queda referido, y dice asi: « Cuanto á lo que V.^a Paternidad me manda en lo de la salud corporal: aquí vino el Médico de Azpéitia, y me dió el régimen, que le parece que debo tener, ese pienso de guardar, pues V.^a P.^d lo manda, aunque tengo de mi estómago experiencia , que quando mas le honran, mas le fatigan, y para menos se halla. El Señor lo esfuerce todo. Amen. Y porque el Padre Provincial, creo, dará cuenta de como el dia de San Pedro comenzé á predicar en Vergara , y el dia de la Magdalena en nuestra Hermita, y el dia de Santa Ana, que espero predicar en Santa Ana, Monasterio de las Beatas de este Lugar, y el Domingo siguiente en Azpéitia, y el dia de Santo Domingo en San Sebastian, y el Domingo siguiente en Azcoitia, de manera , que mientras se erija la hermita no comeremos el pan de balde , si al Señor place. El Señor dispense con nosotros , usando de su misericordia, y

nos dé el sentir , y cumplir su santa voluntad. Amen. De Oñate á 23 de Julio 1551. Tuus in Christo servus, ac filius. Francisco Pecador. »

Quando el rigor del tiempo ó el caso dejaban solo á Francisco, iba á una heredad propia de la Hermita, y convertido en labrador aquel Duque de Gandia, empezaba á cultivar con dos bueyes y el arado aquella tierra. Y como si no bastase á la admiracion este ejemplo, añade la tradicion de aquellos paises continuada hasta nuestros dias, que varias veces no hallando Borja sino uno de los bueyes del Colegio en el campo, solicitaba! oh ejemplo inaudito de humildad y desprecio de sí mismo! uncirse con él.

Se esparció en breve tiempo la fama de haber renunciado Borja el Ducado de Gandia, y de la vida asombrosa que llevaba en Guipúzcoa ilustrando no poco la ropa de la Compañia: y con esto empezaron á sentirse movidos muchos corazones generosos, y caminaban de todas las pro-



vincias de España hácia la de Guipúzcoa, Grandes, Títulos, Prelados, Caballeros, al modo que se suelen frecuentar los santuarios en las ocasiones de Jubileos. Algunos no pudiendo desprenderse de sus ocupaciones, enviaban familiares suyos à visitar el santo, y otros le escribian cartas para pedirle direccion para su gobierno. Venian muchos seglares y aun muchos Religiosos á los pies de Borja para que les diese los ejercicios espirituales con que obraba portentosas mudanzas en las vidas. Era ya tanta la frecuencia, y aun la muchedumbre que caminaba á contemplar á Borja, que hasta su humildad se quejaba, y mas de una vez prorrumpia: Ay! que la villa de Oñate se ha vuelto para mí corte! Ay! que buscaba soledad en este campo y hállo el concurso! Donde iré fugitivo que no halle mundo? Pero no fueron ménos los que conducidos de su ejemplo vistieron la ropa de la Compañia en aquella penitente y pobrísima casa de la Magdalena.

El que mas se conmovió con la pasmosa mudanza de Francisco, fue el serenísimo Infante Don Luis, hermano de D. Juan III Rey de Portugal y de la Emperatriz D.^a Isabel; pues se resolvió à imitarle pidiendo entrar en la Compañia de Jesus, incitado de su ejemplo; si bien no tuvo efecto, porque ni à S. Ignacio, ni à Francisco pareció convenir esto al mayor agrado de Dios. En esta sazón se hallaba en Toledo D. Bartolomé Bustamante, insigne teólogo y predicador famoso que habia sido secretario del Cardenal Arzobispo de Toledo D. Juan de Tavera, mientras manejó el gobierno de esta monarquía. Hallábase ahora libre de aquel peso embarazoso, y se ocupaba en loables ejercicios propios de su estado; pero aun no estaba desprendido de las esperanzas del mundo allá dentro en su pecho. Tenia concebido horror al nuevo instituto de la Compañia de Jesus, por las voces que habian esparcido la envidia y el demonio. Con todo eso re-



curria á Dios para que le descubriese el camino que habia de seguir; y una mañana diciendo misa, y teniendo en las manos á Cristo N. S. sintió un impulso interno que le decia: Que fuese á los montes de Guipúzcoa y que imitase las acciones, y siguiese los pasos del Duque de Gandia. Fue esta voz tan eficaz, que el mismo dia se puso á caballo y se encaminó al dicho sitio. Se encontró en la Hermita de la Magdalena con el santo Borja, que pasaba cargado con una espuela, en que conducia piedra para la fábrica: no le conocia, y viendo mas adelante al P. Ochoa, le preguntó, que donde estaba el Duque de Gandia? Respondióle que era aquel que iba llevando piedra á la obra. Atónito con esta respuesta, corrió á arrojarse á sus pies; dióle cuenta de su vocacion, y se quedó en la Compañia; donde hizo vida portentosa, solicitando imitar al dechado divino que miraba en Borja, á quien acompañó despues en muchos viajes.

Casi por el mismo tiempo llegaron á Oñate de Barcelona para alistarse en la Compañia y vivir en la del santo Borja, Pedro Domenek, y Antonio de Gau: y algunos meses despues Don Diego de Guzman, hijo del conde de Baylen, y el doctor Gaspar de Loarte, ambos teólogos muy conocidos, que en la escuela del Maestro Avila eran ornamento y gloria de la Andalucia: y en la Compañia despues fueron dos lumbreras de raras virtudes. Vinieron tambien de Salamanca á vestir la ropa de la Compañia Don Antonio de Córdoba, hijo del marqués de Priego y conde de Feria, primo del Santo, y el esclarecido D. Sancho de Castilla, y el doctor Ramirez; y de Valencia el P. Acevedo, Benedicto y otros que ahora vistieron de esperanzas á la Compañia y despues la llenaron de gloria. Y porque no era bien que fuese estéril el ejemplo del Santo en los corazones vecinos, siendo tan fecundo con los que vivian en climas apartados, en-



traron en la Compañía, D. Alonso Manrique de Sandoval, hijo de los duques de Nájera, que se hallaba en la Universidad de Oñate, testigo de los ejemplos de Borja, y D. Pedro Lodosa caballero navarro, que honró con sus virtudes la Compañía y su patria.

Fue tambien digna de la historia la vocacion del Vicario de Zumaya, teólogo de mucho nombre y predicador de rara elocuencia, así en la lengua castellana como en la vascongada. Acababa de llegar de su peregrinacion á los lugares santos de Jerusalem, y deseaba elegir un estado de vida mas perfecto: comunicó su pensamiento á Borja añadiendo que estaba resuelto á entrar en la Compañía y que solo aguardaba su respuesta. Alegróse notablemente Francisco, conociendo que un hombre tan sabio y elocuente podia fructificar mucho en aquella tierra, mas no tuvo por conveniente que entrase en la Compañía por solo su dictámen: y así le mandó buscarse algun hom-

bre de conocido espíritu, de cuya prudencia tomase dictámen mas desnudo de afecto propio. Pasó á Vitoria, donde consultó á un hombre, cuya santidad y cuya fama habian pasado á ser veneracion pública; el cual le contestó diciendo: « Si quereis despreciar el mundo, y hollar bien la vanidad, entrad en la Compañía de Jesus, que esto es lo que quiere Dios; y si deseais con eficacia ser santo, seguid los pasos de Francisco de Borja, dentro de la misma Compañía, que cuanto os dispusiéreis mas á su imitacion, tanto mas iréis creciendo en santidad. » Ejecutólo así, y acreditó bien la profecía, siendo apóstol en la vida, ángel en la pureza, y en el desprecio del mundo un Borja.

Déjo aquí otros innumerables hombres de suposicion que la fama del Santo ganó á la Compañía en este tiempo, con los cuales se llenarian muchos colegios si se hubiesen recibido todos. Oyéndose por toda Europa la voz de su



ejemplo, no podía dejar de escucharse con mas fuerza en el vecino reino de Navarra. Era Virey D. Bernardino de Cárdenas, grande amigo de Borja, que asombrado ahora de lo que la fama le decia, envió un expreso á Oñate con un pliego, en que rogaba al Santo se sirviese venir á Pamplona, donde con el consuelo de verle, tendria el de comunicarle algunas dudas de su espíritu; y añadia en la carta « el mismo deseo tiene todo este reino de Navarra: porque con lo que acá se oye de esa provincia, están todos con gran deseo y necesidad de gozar algunos dias de la presencia de V^a. S^a. Si fuésemos tan dichosos, que nos alcanzase alguna parte de lo mucho que goza Guipúzcoa, lo estimáramos por gran regalo de Nuestro Señor, y para mí en particular será señalada merced etc. » Respondió el Santo excusándose con el motivo de sus ocupaciones y tareas humildes, como que no podía salir de Oñate el Duque de Gandia, porque faltaba quien

condujese materiales á la obra, y quien barriese la cocina: raro ejemplo á la Iglesia y á la observancia religiosa. Volvió á instar el Virey, y entonces hubo de ceder Borja y su deseo de retiro se rindió á la caridad y á la obediencia. Partió pues el Santo con dos Compañeros, y cuando llegó á Pamplona le abrazó estrechamente el Virey sin que le fuese posible contener las lágrimas; y en aquella primera entrevista estuvieron los dos muchas horas encerrados en una pieza; propúsole sus dudas y escrúpulos, pidióle ordenase su vida y su conciencia, dejándole escrita aquella norma y regla que hubiese de observar, y algunos preceptos para gobernar los súbditos: y Francisco satisfizo sus deseos. Predicó muchas veces en la catedral con tanto fervor y elocuencia, que el primer sermón no se le pudo borrar del alma al Virey en toda su vida. El fruto que estos sermones, primera mision de Francisco hicieron en aquella noble ciudad fue

*



tan grande que apenas hubo quien no mejorase de vida: acompañábale el Virey á todas partes sin que ninguna ocupacion bastase á separarle de su lado.

Habiendo satisfecho así Francisco á la devocion del Virey, y á la de toda aquella ciudad, volvió á su amado retiro de Oñate á esconder sus pensamientos dentro de la hermita dichosa, y aquí recibió favores soberanos, que los mas quedaron escondidos: referirémos uno que á la vez no carece de gracia. Estaba un dia por este tiempo absorto en la oracion, y en ella entendió qué habia nacido felizmente en Gandia al duque su hijo, el primogénito D. Francisco de Borja: cuando dando gracias al autor de esta dicha le avisaron que llegaba un lacayo con un pliego, en que el duque le avisaba de ello. Apenas le vió el Santo le dijo: cómo queda Francisquito? Asombrado el lacayo replicó: pues de donde sabe V. S.ª que hay Francisquitos en el mundo? Quién pudo haberse adelan-

tado á ganarme estas albricias, que yo creí seguras? No las habeis perdido, respondió Borja, que yo os rezaré tres Ave Marias, pues me hallais en estado que no tengo otras alhajas: y como notase que oía con poco gusto estas albricias, añadió el Santo: yo escribiré al duque, que os dé otras, que vuestra diligencia tiene bien merecidas.

En estos dias escribió tambien aquel divino tratado de las excelencias del Alma de Cristo, trasladando al papel lo que aprendia en la Oracion. Estaba destinado el celo de Francisco á emplearse en aquellas montañas, y esta obligacion de su ministerio, y el haber tenido insinuacion de S. Ignacio le hicieron dejar luego su retiro, y ocupar otros tres ó cuatro meses en la predicacion. Salió á fines de este año de 1551, empezando la mision por Vergara, donde fue tanta la conmocion y la reforma de costumbres, que bien lo dan á entender las cartas que escribió á S. Ignacio la Villa y al-



gunos nobles individuos de ella, cuyos originales halló el P. Bártoli en los Archivos de Roma. La de la Villa decia: « El Concejo, la Justicia, el Ayuntamiento, los Caballeros y Nobles de la villa de Vergara etc. A Vuestra Paternidad se le debe de todas las partes de la Cristiandad todo obsequio posible, por la luz de las cosas de Dios, y del alma, que vá difundiendo por todas partes, en tiempo que se halla el mundo en toda oscuridad. Mas estas nuestras montañas le son en obligacion y mucho mayor deuda que otro algun país, por haberle enviado una tan gran lumbrera, y un tan solícito despertador, como el P. Francisco, antes duque de Gandía. Vergara se halla hoy tan del todo otra de lo que era antes que el viniese, que para decirlo todo en dos palabras, ella ni se parece, ni se conoce á sí misma. Acerca de esto son maravillosas las quejas, y el sentimiento que hacen de haber de quedar dentro de poco privados de él: ruéganle

instantemente que se quede entre ellos: mas el santo hombre les responde, que él está aparejado á emplearse todo en servicio de sus almas, y emplear entre ellos sus fatigas y sudor hasta perder la vida, con tal que se lo mande la obediencia. Pero que en cuanto á disponer de sí no tiene querer, y no querer, porque con lo demás que habia dejado por Dios, habia dejado tambien, y en primer lugar su misma voluntad, y que por eso mal se le pedia á él lo que estaba solo en las manos, y en el arbitrio de sus superiores. » Esta carta escrita á 6 de Diciembre de 1551, es un irrefragable elogio del apostolado de Francisco en aquel dichoso país.

Pero aun es mas expreso testimonio el que dá la carta del Vicario Solís; y en 12 de diciembre del mismo año escribe así al santo Patriarca: « Vergara ha venido á ser el ejemplo de la piedad cristiana: tanto la ha reformado y santificado el P. Francisco, que solo visto, predica á

todos los lugares del contorno. Los malos son ahora buenos; los que eran buenos, aspiran ahora á perfeccion: muchos sacerdotes abandonaron todos sus haberes y dependencias, por atender solo al bién de sus almas, y á la salud de los prógimos. Todo el pueblo arrodillado delante de V. Paternidad le pide que deje aquí al P. Francisco. etc. »

En la misma forma escribia entre otros caballeros D. Beltran Lopez, señor de la casa de Ozaeta. « Ni lengua, ni pluma de hombre (dice un capitulo de la carta) puede describir bastantemente lo que el P. Francisco obró en servicio de Dios y salud de las almas, no solamente en Vergara, mas por toda la Provincia: ahora toda está en paz, toda en fervor de espíritu. El santo duque Francisco nada intenta, que no ejecute: nada quiere en bien de sus almas, que no lo logre porque todos han conocido, que Dios por especial amor le ha enviado á Vergara, y todo este país.

Sus palabras se escuchan como voces del Espíritu Santo, que mora en su corazon, y habla por su boca. Porque no quiso ni emprendió en bien de sus almas cosa, á que ellos no se sintiesen luego interiormente movidos, y persuadidos á abrazarla. » No se pudieran hacer mayores encomios de las misiones de Borja en aquella Provincia.

A los principios del año 1552, inflamado del celo, salió de Vergara caminando á pie, mal convalecido de una calentura, por entre nieve á proseguir aquella mision gloriosa en Elgueta, Elorrio y Durango, donde respondió la miés á las fatigas apostólicas del Siervo de Dios. Pasó á la ciudad de Vitoria, y la Dominica de Septuagésima estaba tan llena la iglesia en que habia de predicar Borja, que no solo era inaccesible la entrada, sino que fuera de ella era mayor el concurso; y así fue menester que predicase muchas veces al día, ya dentro ya á la puerta de la misma iglesia.





Aquí obró conversiones, reformó eclesiásticos y monasterios, y causó notable edificacion hasta en los Religiosos. Al partirse Borja le siguió mucha juventud y no poca nobleza, y los mas llegaron hasta Oñate; unos á que les diese los Ejercicios espirituales, y otros a ser recibidos en la Compañía.

De Vitoria se encaminó á Bilbao á pié, deteniéndose á predicar en los pueblos por donde pasaba. El concurso fue tan grande á sus sermones que para poder llegar al púlpito, hubo necesidad de que algunos hombres abriesen senda. Su espíritu se halló aquí nuevamente inflamado, porque sabia que habia mucha dureza y no pocos escándalos. Redujo grandes pecadores á una vida cristiana, y aun religiosa; restituyó los monasterios de monjas á la mas exacta observancia; y no se hablaba de otra cosa aquellos dias sino de las cosas celestiales y eternas. Deseaba toda la Nobleza que se detuviese á fundar colegio de la Compañía, mas Francisco

remitió esta empresa al celo de su patriarca Ignacio. Y acabada la mision salió de Bilbao sin que pudiese detener la multitud que le iba acompañando, y de este modo regresó á su amado retiro de Oñate. A poco tiempo se vió precisado á volver á Vergara por las repetidas instancias de la misma villa: empezó á explicar desde el púlpito el Salmo *Miserere* con un amargo llanto así del predicador como del pueblo; y mientras se hallaba tan santamente ocupado, recibió una carta de S. Ignacio en que le decia lo siguiente: « En el nombre de Dios os exhorto, hermano carisimo, y ordeno, que saliendo de Guipúzcoa, paseis á la Corte de Valladolid, y vayais por diversas partes, cuanto la corporal salud lo sufra, cumpliendo con tantas personas principales, que sé que os han deseado y llamado, á quienes se debe respeto y agradecimiento: y ayudad á la fundacion y aumento de los colegios de la Compañía, segun que en el Señor entendiéredes, que

sea mayor gloria suya. » Mandábale también que moderase el rigor de la penitencia, que cada dia era mas excesiva.

Obedeció al punto Borja: salió pues á 19 marzo de 1552 de Vergara á pié aunque le costó mucho sacrificio, el que premió Dios con los copiosos frutos que hicieron sus sermones, sus ejemplos y sus conversaciones particulares en Burgos, Valladolid, en toda Castilla la vieja, en Portugal y Andalucía. Experimentó S. Ignacio las bendiciones que echaba el cielo sobre todo cuanto el P. Francisco ponía mano; y por lo mismo le nombró Comisario general de España. Fundó la Compañía en las doce ciudades mas principales del Reino, reformando las costumbres en las provincias y en la Corte. Habiéndose retirado el Emperador al monasterio de Juste, deseaba tener el gusto de ver al P. Francisco; y no ignorando éste las malignas impresiones de que habian imbuido en Alemania el ánimo de Carlos V contra su sagrada Religion los

enemigos de la Iglesia y de la Compañía, pasó al punto á visitarle. Recibióle el Emperador con las mayores demostraciones de afecto y estimacion; tuvo con él diferentes conversaciones sobre las reglas, el espíritu y el fondo de su instituto, quedando tan desengañado, que no solo formó un alto concepto del mérito de Francisco, sino tambien el más superior aprecio de la excelencia y de la santidad de su nueva Religion. Honróle más que nunca con su imperial benevolencia, y le encargó varias comisiones para la Corte de España y de Portugal, que desempeñó Francisco felizmente. Murió el Emperador Carlos V: pronunció Francisco su Oración funebre en presencia de toda la Corte, y todos convinieron en que aquel gran Emperador habia sido dichoso, mereciendo los elogios de un hombre tan santo, y justo apreciador del mérito verdadero.

Muerto el P. Lainez el año de 1565 fue electo General Francisco, sin que





hiciesen fuerza sus razones, ni sus ruegos para evitarlo. Muy desde luego experimentó la Compañía las bendiciones que echó el cielo sobre su feliz gobierno. Propagóse aquella con asombrosa multitud de Casas por uno y otro mundo, creciendo aun más que las mismas fundaciones, el fervor en la virtud, y el celo ardiente en los operarios evangélicos bajo la direccion de tal jefe, y á las órdenes de un General santo. Mortificaba su cuerpo con todos los modos que podia inventar una ingeniosa crudeldad: era su oracion un éxtasis continuado y sus dulcísimas lágrimas en la misa efecto de aquel corazon abrasado en el amor de su Dios. Nombróle el Papa para que acompañase al Cardenal Alejandrino, en las Legaciones de España, Francia y Portugal: en todas partes dejó un admirable olor de su santidad; en todas las cortes renovó el cielo de la Religión.

Volviendo á Roma cayó gravemente enfermo en Ferrara á tiempo que estaba

junto el Conclave de los Cardenales, donde seriamente se pensó en hacerle Papa; pero con la noticia de su enfermedad, y con la memoria del teson con que por varias veces se resistió á admitir el Capelo, se dejó aquel pensamiento. Llegó á Roma muy postrado, y no quiso admitir mas visitas que las de sus hermanos: envió uno de ellos al Papa, pidiéndole su bendicion, é indulgencia plenaria de sus pecados. Recibió los santos sacramentos con extraordinario fervor; pidió perdon á los Padres de los malos ejemplos, que le parecia haberles dado; elevó el espíritu á Dios con un éxtasis maravilloso; volvió de él, y lleno de aquella confianza que acompaña á los santos hasta el último suspiro, entregó tranquilamente el alma á su Criador el dia 1º de Octubre de 1572 cuando cumplia los 62 de su edad. El prodigioso concurso del pueblo, que acudió á su entierro, fue como la voz de Dios que publicaba la gloria de su Siervo. Apenas hubo Cardenal,



ni Prelado, que no quisiese besarle los pies. Sepultóse por entonces el precioso depósito de su cuerpo en la primera iglesia de la Casa Profesa, donde fue venerado por la devoción particular de los fieles hasta el año de 1617 en que fue trasladado á Madrid con gran solemnidad. Luego que el Santo fue beatificado en 24 de noviembre de 1624 le escogió la villa de Madrid por su Protector, juntamente con S. Isidro, su principal Patrono. Fue canonizado por el Papa Clemente X. Su fiesta se celebró al principio el 3 de Octubre, pero la trasladó y la fijó el día 10 el Papa Inocencio XII.

A. M. D. G.

